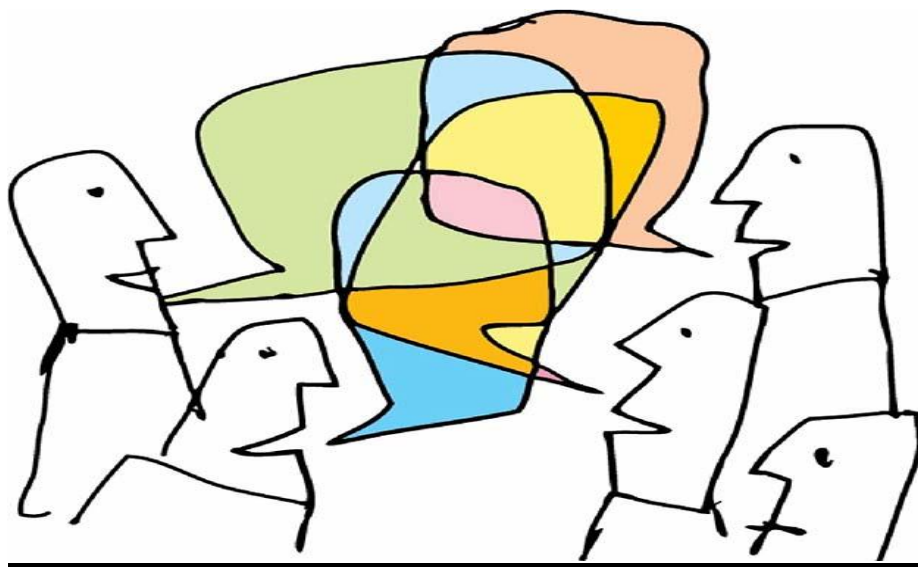


Master ACCEP

Curso 2013/2014

Primer trabajo de master

“La constitución del sujeto”



Alumna: Liliana Demajo

Tutora: M. Inés Rosales

Mayo 2014

Apuntes sobre la constitución del sujeto

La elección del tema

La constitución del sujeto es una cuestión que encuentro fascinante y sobre la cual reflexiono desde hace tiempo. Ya en mi propio análisis me planteé lo especial y particular que tiene el encaje de lo que el Otro (materno) “ofrece” y lo que el infans interpreta que de él recibe.

Mi práctica como psicóloga ha tenido lugar, hasta el momento, en centros de atención a la salud mental de niños y adolescentes, primero en un CSMIJ y ahora en un CDIAP, por lo que el tema del lugar que le es dado al niño en su familia, los avatares de este encuentro y las salidas que los menores encuentran para ubicarse allí o no hacerlo, es recurrente en mi corta experiencia profesional. El niño como síntoma de la pareja parental, los “pegoteos” entre madre e hijo/a, los significantes que lo marcan, su “insondable” decisión, como plantea Lacan, son aspectos que concurren a la manera en que el niño acabará posicionándose según resulte, siguiendo a Bardón (2005, p.9), el doble movimiento que implica que el niño sea “incluido en el lenguaje por el Otro que le dispensa sus cuidados, pero a su vez, que el niño consienta a esa mediación del lenguaje en su relación con el Otro a través de la demanda que le dirige”. Esto permite, siguiendo a la autora, que el niño inicie el proceso de simbolización de su realidad y de su ubicación en ella o, en caso de resultar fallido este movimiento doble, que quede fuera del hacer de la red social en que se inserta.

Es tanto el interés que me despierta la posición subjetiva que acabará adoptando el niño que me planteé un trabajo de investigación para la asignatura “Psicología del lenguaje” de la licenciatura en psicología que lleva por título: “**Motherese harmònic i explosió lèxica: una parella ben avinguda?**”, del cual adjunto, a continuación, el abstract. Ese “baby-talk” que la madre dirige a su hijo puede resonar a lo que Lacan, en la última etapa de su enseñanza, nombra como *lalangue*.

“Aquesta investigació aborda la funció social del llenguatge i pretén posar de manifest la relació existent entre una forma harmònica d’interacció mare-fill a partir del que es coneix com a *motherese* (la parla que els pares dirigeixen als seus petits) i les característiques que presenta l’explosió lèxica de l’infant. El treball tindrà una durada de 12 mesos: els primers 6 mesos seran d’observació / intervenció en relació a la interacció mare-fill i durant els darrers 6 mesos recollirem dades relatives a la parla produïda pels infants. Comptarem amb una mostra de 8 parelles “mare-nadó”. Esperem trobar una correlació positiva entre un *motherese* harmònic i una explosió lèxica primerenca i profusa, per sobre, en tots els casos, de la mitjana que recullen les estadístiques que s’elaboren en relació a aquest paràmetre. Aquest resultat posaria de manifest la importància d’aquesta interacció “negociada” entre mare i fill quant al desenvolupament de la parla amb què els infants s’insereixen al món social.

Paraules clau: funció social del llenguatge, *motherese* formal, *motherese* harmònic, explosió lèxica, gust per parlar.”

Introducción a los apuntes de la constitución del sujeto que desarrollo en mi trabajo de master

En una de la primeras clases del master, Rut Sonnabend comentó, a propósito del libro de Rosine y Robert Lefort “El nacimiento del Otro”, que sería más correcto hablar de “El nacimiento al Otro”, ya que el Otro (del lenguaje, significativo) le precede y da un estatuto al niño todavía no nacido: “será aquello que yo no pude ser, será muy travieso, será un gran científico”; pero también “es para el hermano, es para la abuela”(Janin, 2011,p.16).

Ser un niño deseado o no serlo, venir a ocupar el lugar de aquel que tiene como misión la de unir sus progenitores, o el de quien ha de tapar una falta; son algunas de las circunstancias en las que puede tener lugar la llegada de un bebé al mundo.

Desde su status de organismo dependiente al cien por cien de un otro que posibilite su supervivencia, el infans tiene por delante la tarea de reconocerse como algo unitario, en el estadio del espejo, a pesar de su vivencia de fragmentación, tarea que será viable en la medida en que un Otro esté presente dando sentido significativo a esa imagen que el niño adoptará como suya, lo que dará pie al inicio de la constitución de su yo; por otra parte, y como mencioné anteriormente, participará en ese doble movimiento que propiciará su entrada al lenguaje y la palabra y se constituirá como sujeto de deseo en la medida en que asuma que no completa al Otro materno, percibiendo su falta, y haciendo de aquello que conceptualiza como deseo del Otro con respecto a él, su forma de estar en el mundo.

El estadio del espejo

Historia y desarrollo del concepto

Según la historiadora y psicoanalista Elisabeth Roudinesco el hecho de que Lacan haya visitado los seminarios de Alexandre Kojève en 1933 lo habría llevado a estudiar la filosofía de Hegel y por esa vía llegar a un interés filosófico más profundo en aspectos como la génesis del yo y los procesos de subjetivización.

Los desarrollos de Freud a partir de la formulación de la segunda tópica (el modelo estructural de la psique dividida en las instancias ello, yo y superyó y la descripción de la pulsión de muerte) habían puesto en el centro de la discusión psicoanalítica la forma en que surge el yo. Lo que se discutía es si acaso la instancia yoica consiste en un producto autónomo, escindido en una progresiva diferenciación del ello y que tiene la tarea de mantener las pulsiones a raya, o bien, si el yo no es una instancia autónoma, sino que su surgimiento puede ser comprendido a través de procesos de identificación. En la primera postura se inscriben los desarrollos del psicoanálisis en EE.UU. conocidos como la psicología del yo y en la segunda (aunque de muy diferente manera) los aportes de Melanie Klein y de Jacques Lacan. Es en este contexto de la historia del psicoanálisis donde aparece el planteamiento lacaniano del estadio del espejo como teoría acerca de la formación del yo.

Por otra parte, el psicólogo Henri Wallon fue quien por primera vez describió la conducta de los niños pequeños frente a un espejo, publicando en 1931 un experimento de «prueba del espejo», consistente en observar y controlar la manera en que el niño va aprendiendo a reconocerse en la imagen proyectada. Pero por cierto Wallon no dedujo de allí implicaciones para la autoconsciencia ni para la formación yoica.

Es discutible el momento que Lacan hace pública su teoría sobre el estadio del espejo y adopta la terminología propuesta por Wallon. Para algunos autores, como Roudinesco, será en su ponencia ante la Sociedad Psicoanalítica de París (*Société psychanalytique de Paris*) el 16 de junio de 1936. Otros sostienen que la primera mención es un año más tarde, en 1937, en el informe que envió al 14º Congreso Psicoanalítico Mundial realizado en la ciudad entonces llamada Marienbad. El extenso título de este texto es: *Le Stade du miroir. Théorie d'un moment structurant et génétique de la constitution de la réalité, conçu en relation avec l'expérience et la doctrine psychanalytique*, International Journal of Psychoanalysis, 1937. («El estadio del espejo. Teoría de un momento estructurante y genético de la constitución de la realidad, concebido en relación con la experiencia y la doctrina psicoanalítica»).

Recién en julio de 1949, cuando presentara una versión más elaborada de esta teoría en el Congreso de Zurich, Lacan expone explícitamente que el estadio del espejo es el formador de la función del yo. Llama la atención, sin embargo, que aún en ese año usara la palabra francesa *je* (yo deíctico) y no, como luego lo hará, la palabra francesa *moi* (yo pronominal y sustantivo) para referirse al yo. En la segunda mitad de ese mismo año aparece la primera versión escrita y publicada de esta teoría en los *Écrits* («Escritos»), traducido luego al español bajo el título *El estadio del espejo como formador de la función del yo (fonction du Je)*.

Engaño, desengaño, enajenación y escisión del yo

Lacan observa que el gran júbilo que el niño experimenta al reconocerse es sin embargo sólo efímero. Se reconoce y se desconoce casi al mismo tiempo, porque aquello que reconoce no es él, sino sólo una imagen de él. Una imagen separada, que no le pertenece. La completitud que observa es solamente un engaño, una ilusión de sujeto completo que no es más que una imagen. Una figura imaginaria de no fragmentación, engañosa y que al mismo tiempo lo confronta con la propia enajenación. Aquello que el niño ve está fuera de sí, no está en su cuerpo, sino en el espejo. El estadio del espejo implica por ello una experiencia de división o escisión del sujeto.

Esta es una razón para que Lacan más adelante distinga entre dos formas del yo: *je* y *moi*. Estos dos aspectos del yo sólo quedarán delimitados de manera clara en una fase más tardía de su obra.

Me parece interesante comenzar a hablar de la constitución del sujeto por el texto del estadio del espejo por el hecho que se trata de un acontecimiento observable, ese júbilo ante la propia imagen, porque alienándose a esa imagen externa, hablamos de desconocimiento (y no conocimiento) del yo y porque es una conceptualización previa a la que Lacan explicita en el esquema L, siguiente punto de mi trabajo, el cual pone de manifiesto el escollo que supone que cada sujeto se aliene a su imagen y a las identificaciones yoicas (eje imaginario) para que

la palabra plena (aquella que contacta al sujeto del inconsciente con el lugar de los significantes que lo han marcado y subyacen a su deseo) pueda ser dicha.

El estadio del espejo designa un momento psíquico y ontológico en la evolución humana, tiene lugar entre los primeros 6 y 18 meses de vida del bebé y puede conceptualizarse como el acto por el cual el niño anticipa el dominio de su unidad corporal mediante una identificación con la imagen del semejante y por la percepción de la propia imagen en el espejo.

En ese período del desarrollo, el niño, a través de la experiencia del estadio de espejo, anticipa y se identifica a una imagen total de sí mismo, una Gestalt que contrasta con la sensación corporal de incoordinación motriz característica de su etapa evolutiva.

Será el reconocimiento de su imagen en el espejo y el hecho que el niño quede capturado y cautivado por su propia imagen, lo que dará pie al establecimiento de una relación libidinal con esta y el pasaje del autoerotismo al narcisismo primario. Esta identificación a la imagen especular demuestra, plantea Lacan, que el yo es producto del desconocimiento e indica el sitio donde el sujeto se aliena a sí mismo. A instancias de las referencias simbólicas proporcionadas por la madre (o quien realiza esta función), que indica al bebé que aquel del espejo es él, el niño se vive y se posiciona en primer lugar como otro, el otro del espejo en su estructura invertida; así se instaura el desconocimiento de todo ser humano en cuanto a la verdad de su ser y su profunda alienación en la imagen que se va a dar de sí mismo.

Es interesante tener en cuenta el planteamiento de Lacan en cuanto a que la transformación producida en el sujeto cuando asume una imagen tiene efecto de “imago”: una imagen que tiene efecto subjetivo ya que propicia el establecimiento de una relación del organismo con su realidad exterior.

El fuerte contraste entre esa Gestalt ideal que el niño observa en el espejo y la incoordinación motriz con que se experimenta a sí mismo provoca una tensión agresiva entre el sujeto y la imagen y la angustia derivada de la sensación de fragmentación impulsa la identificación con la imagen especular y la constitución del yo(moi).

Esa forma primordial, ortopédica, a la que el niño se aliena, es el yo-ideal, soporte de la identificación primaria del niño con su semblante y fuente de las futuras identificaciones secundarias que permitirán al sujeto establecer y organizar sus relaciones en el ámbito sociocultural.

Concluido el estadio del espejo se inaugura, plantea Lacan, “por la identificación con la imago del semejante y el drama de los celos primordiales...la dialéctica que desde entonces liga al yo(je) con situaciones socialmente elaboradas”. El estadio funda para el sujeto un primer modo de vínculo con lo social; su deseo queda, a partir de entonces, mediatizado por el deseo del Otro.

Esta Gestalt de la imagen corporal le da forma al yo(moi), “simboliza la permanencia mental del yo(je) al mismo tiempo que prefigura su destinación enajenadora”, dice Lacan.

Lacan destaca que la organización del deseo, como deseo del Otro, los objetos de deseo (se desea lo que el Otro desea) y el yo en su función de autoconservación, dependerán de cómo pase el sujeto por el complejo de Edipo, es decir del pasaje del orden imaginario al orden simbólico.

El esquema L

El *esquema L*, presentado por Lacan en el curso 1954/55 a propósito del seminario 2 (clase XIX), pretende dar cuenta de las relaciones intersubjetivas en sus conexiones con el lenguaje. Las dos relaciones fundamentales que se evidencian se dan en los llamados ejes “imaginario” y “simbólico”. Lacan los considera en oposición ya que se interfieren mutuamente, de tal modo que el mensaje en el eje simbólico (el mensaje inconsciente) queda interrumpido o cortocircuitado constantemente por la relación que se da en el eje imaginario (a-a`).

El *esquema L* permite a Lacan fijar un conjunto de ideas que posibilitan al analista el ubicarse adecuadamente al lado del paciente y efectuar un verdadero tratamiento analítico. Funciona como un condensador de información pues pone de manifiesto: las relaciones que mantenemos con nuestros semejantes, la barrera que supone el “jo(moi)” en la cura y en el acercamiento a uno mismo, la forma en que el sujeto se autorepresenta, las conexiones que se establecen entre el jo(moi) y el inconsciente, el lugar del lenguaje en el inconsciente y los distintos tipos de discurso, etc.

El *esquema L* implica una relación espacial de relaciones en un espacio topológico (que no físico) donde no importan las distancias entre los componentes sino las relaciones que se establecen: secuencia, continuidad, interposición, etc.

El esquema está formado por puntos, que refieren posiciones y vectores que evidencian la relación estructural entre ellos y la dirección de dichas relaciones. Así, el esquema explicita cómo se producen las relaciones entre los distintos elementos que lo componen.

La concepción del *esquema L* y las relaciones que explicita permiten evidenciar una correcta concepción de la experiencia analítica, en tanto experiencia intersubjetiva, contraviniendo la postura basada en las relaciones de objeto, distantes de la práctica freudiana, permitiendo clarificar sobre incidencias que pueden tener lugar durante el tratamiento y que permiten al analista ocupar el lugar correcto durante el desarrollo del mismo.

Componentes del *esquema L*

El “yo” (moi): es el lugar en el que se intenta producir la representación propia sin fallas ni fisuras, cosa que implica que el ego se encuentra “prisionero” de la ilusión de “unidad” y

“síntesis”. Se vertebra sobre creencias acerca de la realidad y de uno mismo. Se representa con la letra “a”.

El “otro”: se trata del semejante, el “alter-ego”. Se representa con la letra “a’”. En el esquema, “a” y “a’” son intercambiables pudiéndose afirmar que “el yo es otro” y “el otro es yo”. Así, la fórmula “el yo es otro” tiene que ver con los fenómenos de proyección, que en la vida cotidiana se dan como, por ejemplo, colocar los defectos propios en los demás, ser crítico o exigente con los semejantes, como se es consigo mismo, no aceptar a los otros cuando uno no se acepta, etc. Por otra parte, la fórmula “el otro es yo”, se relaciona con los fenómenos de identificación, mecanismo fundamental de la constitución del yo(moi), que puede conceptualizarse como una suma de identificaciones.

La relación “a-a’”

Lacan la denomina “eje imaginario”, dado que el ego es básicamente una construcción imaginaria, con carácter de espejismo. La fuerza de este eje se sustenta en el inmenso poder que tienen las imágenes sobre el ser humano. El eje “a-a’” se denomina “muro del lenguaje” debido a que el discurso que se produce en él es un impedimento para acceder al verdadero conocimiento. Así, la relación social mediada por este eje puede concebirse como un “diálogo de sordos”, en que la función imaginaria da pie a que un “yo” se comunice con otro “yo” distinto, pero semejante a él. La relación imaginaria se pone de manifiesto de un modo particular según las distintas estructuras clínicas: la búsqueda constante de aprobación de la histérica, la retracción social del fóbico debido a su gran temor al rechazo y la necesidad de control absoluto que mantiene alerta al obsesivo para que nada de lo que sucede en su entorno se le escape.

El sujeto: representado con la letra “s” [“S”], no sabe lo que dice cuando habla porque no se ve realmente, sólo acierta a contemplarse del lado del ego y escucha sólo aquello que proviene de este último, por propia boca o por la boca del “otro”. He aquí la función del analista: ser testigo de las palabras que pronuncia, que no son recogidas por quien las enuncia.

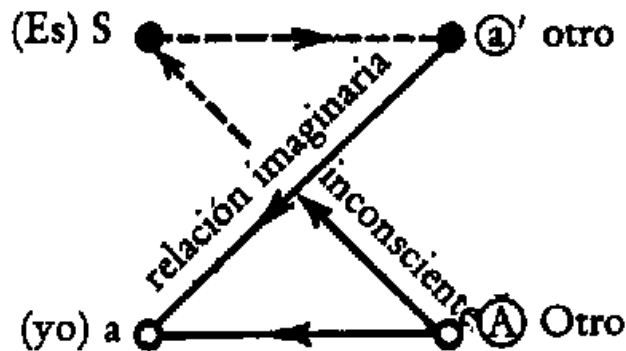
El Otro: representado por la letra “A”, es otro sujeto que se constituye en la “alteridad fundamental”. Con él no puede haber identificación ninguna ya que trasciende todo lo ilusorio, lo imaginario. Se encuentra más allá del “muro del lenguaje”. Se haya inscrito en el registro simbólico, el lugar en que está constituida la palabra, lugar desconocido por el “yo”(moi). Así, se tiene la ilusión que la palabra procede de este yo (moi), pero no es así ya que la palabra se organiza en el Otro, el “tesoro de significantes”.

El lenguaje precede a nuestro nacimiento, es independiente de nosotros. A partir de nuestro nacimiento, e incluso antes de que este acontecimiento tenga lugar, van a producirse una serie de palabras (significantes) que nos van a ubicar en la estructura familiar e incluso social. Estas palabras, que proceden del “Otro”, son fundadoras del sujeto, y al mismo tiempo lo apresan, formando el simbólico que lo atrapa, simbólico a elaborar en el trabajo analítico.

La relación “Otro-sujeto”

Esta conexión supone recibir del Otro el lugar que le corresponde a uno en el tejido social, lo que supone la realización simbólica del sujeto. Nos encontramos en el eje simbólico “A-s”. Este simbólico está formado por ciertos “lugares” en los que el sujeto es ubicado desde los designios del Otro, de quien viene la verdadera palabra. Este eje representa el inconsciente, por eso Lacan plantea que “el inconsciente es el discurso del Otro”.

Lacan se sirve del *esquema L* para colocar la palabra en la dimensión intersubjetiva, y diferencia entre “palabra” y “lenguaje”: la función de la palabra es simbólica mientras que el uso del lenguaje es imaginario. Se trata de una función imaginaria ya que objetiviza al sujeto como “yo”(moi). La palabra, en cambio, cumple la función de reconocimiento subjetivo, oponiéndose a la función objetivante del lenguaje.

Esquema L**Necesidad, demanda y deseo**

Lacan teoriza sobre estos conceptos en el seminario V “Las formaciones del inconsciente” de los años 1957/8.

El ser humano es un ser hablante, el lenguaje del que hace uso le precede antes de su nacimiento. La red del lenguaje, que captura al bebé nada más nacer, modifica la relación que este tendrá con su propio cuerpo y con el de los demás. La estructura significativa tiene efectos de desnaturalización, de desvitalización sobre el cuerpo; cada vez que un significante atrapa al cuerpo, éste queda desnaturalizado, afectado de un déficit, de una pérdida, pérdida del goce natural que se evidencia plenamente en la exuberancia vital de los animales salvajes, a los cuales no afecta ningún tipo de baño de lenguaje.

Llamamos necesidades a las exigencias vitales que el organismo biológico requiere para su supervivencia. La satisfacción de la necesidad se relaciona con los aspectos instintivos que dan pie a la continuación de la vida individual y de la especie.

El deseo, a diferencia de la necesidad que es común a la especie, es singular de cada sujeto y no tiende, como ésta, a la supervivencia y la adaptación al medio. No es una función vital que pueda satisfacerse ya que su surgimiento se articula a la función de pérdida.

La cría humana, a diferencia de otros organismos vivos, no puede, por sí misma y durante largo tiempo, dar respuesta a sus necesidades vitales. Nace en un estado de desamparo por el que necesita de otro que le provea de los medios de supervivencia.

En un primer tiempo, el bebé grita para atraer la atención del otro, un otro que inicialmente será un otro materno (madre o quien realice su función). Freud plantea que el grito adquiere función de comunicación, función que servirá de apoyo a Lacan para formular su concepto de demanda. Más allá de la satisfacción que experimenta el bebé cuando el Otro le aporta el objeto de la necesidad, suprimiendo el estado de tensión que provocó la llamada de atención del pequeño (plano de la homeostasis), Freud subraya que esta experiencia de satisfacción deja en el infans una huella mnémica impercedera, de tal forma que cuando la necesidad vuelve a surgir, antes de la misma sea satisfecha y a consecuencia de la huella que dejó la primera experiencia de satisfacción, surge un impulso que la catectiza provocando la reaparición de la experiencia de forma alucinatoria. Esa evocación de la huella es lo que Freud denomina deseo y la reaparición de la misma de forma alucinatoria, realización de deseo. El deseo tiende, por tanto, no a la necesidad sino a la huella. Cuando el niño tiene hambre, pide, mama y se duerme, saciada su necesidad, pero alucina el seno, como si la misma no se hubiera satisfecho. El seno que el niño alucina es el objeto de un niño satisfecho respecto de su necesidad vital pero insatisfecho respecto de su deseo. Cuando lo alucina después del primer encuentro, el objeto ya está perdido. Es interesante señalar que la alucinación es sólo un simulacro de ese encuentro que no se dará. Por eso, dice Freud, si este sistema permitiera al sujeto obtener el placer que busca, éste nunca se abriría a la realidad. Es por razón del hecho que la alucinación no “da la talla” que el aparato psíquico, abandonando la alucinación, entrará en contacto con la realidad.

Lacan dará la explicación de porqué el objeto de deseo es un objeto perdido por definición, perdido desde siempre. Dirá que se debe a una pérdida vinculada a la transformación que sufren en el ser humano las necesidades biológicas por el hecho que ser un ser que habla. En el humano, a diferencia de lo que sucede en los animales, la relación de la necesidad con el objeto que la satisface no es directa sino que aparece perturbada por tener que expresarse en términos de lenguaje. El grito del bebé es interpretado por otro a través de una expresión lingüística y se transforma en la demanda que se le atribuye al niño: “me pide mamar”, “me pide dormir”, “tiene calor”,...

En esta transformación del grito en demanda, la necesidad originaria que el grito pretendía expresar queda perdida, desviada de su naturalidad biológica al depender de la interpretación que él haga un Otro. El deseo es el resultado de la sustitución de la necesidad por la demanda; en esta sustitución se genera un resto que queda inarticulado y se convierte en la causa del

deseo. El deseo resume el trastorno aportado por la función de la palabra sobre el viviente; aún satisfechas las necesidades hay un hueco de insatisfacción que permanece, la falta en ser, es decir, la desnaturalización, la pérdida del goce natural de la vida y el surgimiento de una falta generada por el lenguaje, falta que es la causa del deseo.

Lacan distingue dos tipos de demandas, la demanda de una cosa en particular y la demanda de amor, intransitiva, que no supone ningún objeto. La demanda de amor es demanda al Otro de un complemento que obture la propia falta en ser. Pero ese Otro al que se le demanda no tiene ese complemento pues en tanto que ser parlante está afectado también de falta en ser. Por eso lo único que puede dar es lo que no tiene, que es dar, como plantea Lacan, amor. De lo que se trata en el amor es de que el Otro aporte su propia falta, para abrir en el demandante el hueco del deseo. Un deseo propio que, a falta de poder ser conceptualizado por el sujeto, deviene deseo de lo que suponemos que el Otro desea.

El deseo del Otro suscita angustia en el sujeto porque no sabemos qué es lo que el Otro quiere de nosotros. La respuesta que el sujeto forja y da pie a su particular relación al Otro es el fantasma.

Las operaciones de constitución del sujeto: alienación y separación

En la clase 16 del seminario 11 Lacan plantea que las operaciones de la realización del sujeto se caracterizan por la dependencia significativa de éste respecto del lugar del Otro.

Destaca que la relación del sujeto con el Otro se engendra toda ella en un proceso de hiancia y no, como plantea la psicología y gran parte de la sociología, en relaciones imaginarias recíprocas que estarían en la base para motivar la conducta humana. El psicoanálisis, continúa Lacan, pone de manifiesto que los hechos de la psicología humana no son concebibles si está ausente la función del sujeto definido como efecto del significativo.

El significativo es aquello que representa al sujeto para otro significativo y al producirse en el campo del Otro hace surgir el sujeto de su significación, reduciéndolo a no ser más que un significativo, petrificándolo con el mismo movimiento con el que lo llama a hablar como sujeto.

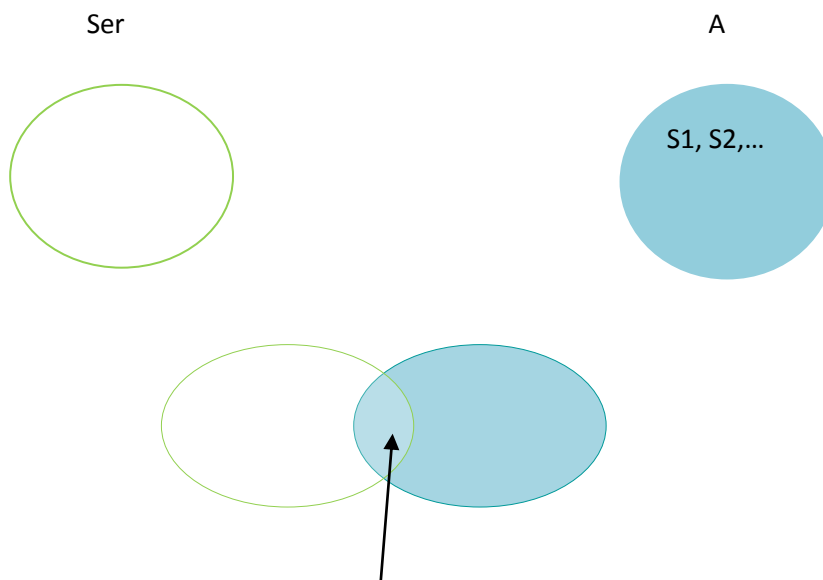
El sujeto puede ocupar diversos sitios, según el significativo bajo el cual se le coloque.

La pregunta es cómo aparece el sujeto en el campo del Otro, siendo el Otro algo dado, mientras que el sujeto es algo que debe advenir. La operación de alienación intenta responder a la cuestión de cómo es que en el campo del Otro se produce el sujeto. El sujeto adviene en tanto que en el campo del Otro surge el significativo, es decir, el significativo le viene desde el campo del Otro. Lacan plantea que en ese momento tiene lugar una elección entre el conjunto del sujeto y el conjunto del Otro. Esto implica que el sujeto toma un significativo que obtiene del campo del Otro y se identifica a dicho significativo que pasa a ser aquello que lo representa, es el S1, significativo unario. El sujeto elige entonces obtener una respuesta sobre qué significa

lo que le pasa. Miller plantea que de esta forma se constituye la metáfora original del sujeto que sostiene la metonimia de la cadena significativa, dado que al elegir al S1 se elige también al Otro (representado por el S2) que da sentido a S1. Primero está el S1 y luego surge el sujeto representado por él lo que constituye la primera operación de constitución del sujeto, la alienación.

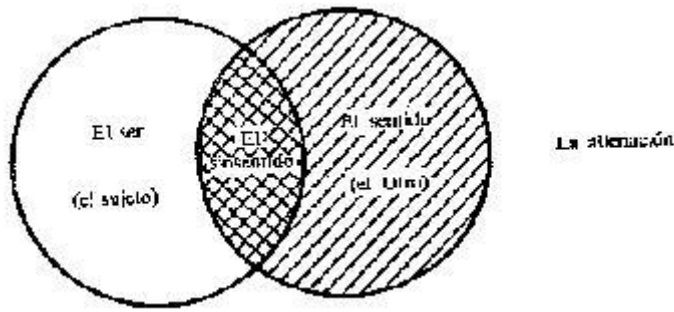
La segunda operación, concomitante para el advenimiento del sujeto, es la separación.

Que el sujeto elija al Otro y se quede con un significante de su cadena (S1), hace que renuncie al Ser; pero como S1 está en la intersección, al separar o al dejar el conjunto vacío del Ser, ese significante 1 cae.

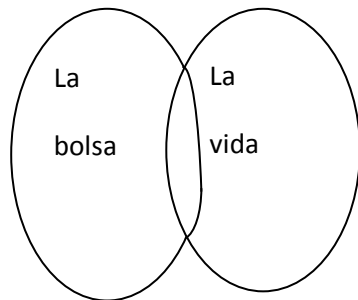


El Sujeto y el Otro se barran- S/ y A/- y el S1 de la intersección, al caerse de la cadena del lenguaje, deviene objeto a, objeto que será entonces, en tanto perdido, causa de deseo para el sujeto.

Lacan plantea en el seminario XI que el sujeto hace de su desaparición el objeto del Otro. El primer objeto que propone a ese deseo parental, cuyo objeto desconoce, es su propia pérdida. Al mismo tiempo le surge la pregunta: ¿puedes perderme? Según cómo responda el Otro a esa pregunta, habrá una u otra consecuencia para el sujeto, pero a su vez existe una elección del sujeto frente a esas operaciones lógicas



Como ejemplo de las dos operaciones, para entenderlas podemos plantear:



Si elijo la bolsa pierdo ambas, si elijo la vida, me queda la vida sin bolsa, una vida cercenada.

La noción de sujeto

El psicoanálisis sostiene la existencia del inconsciente; teoriza y trabaja clínicamente la dinámica inconsciente de un sujeto al que algo le falta y le faltará siempre. Es un sujeto dividido, escindido, porque se constituye a partir del deseo del Otro.

Los aportes de la lingüística refuerzan la idea de que este sujeto está integrado en un sistema lingüístico que ordena el mundo; como plantea Braunstein (1999), existir como un hombre significa existir en un mundo donde los objetos no tienen existencia natural sino que son propuestos por la cultura y a través del lenguaje.

Los hechos conscientes sólo tienen existencia en tanto lenguaje y se objetivan en el discurso: el sujeto del discurso no es sólo el sujeto de la consciencia; lo que aparece en la superficie del discurso es comparable a la punta de un iceberg, es decir, lo visible. Pero la que no se ve (o no se escucha) a simple vista es lo que realmente dimensiona su magnitud y su complejidad. Lo que se dice sin saber que se dice es lo que condiciona la consciente y es del orden del inconsciente.

Vallejo (1987) plantea que el sujeto aparece comprometido en una jugada que no tramó y ese es el punto esencial en el que se encuentra la dimensión estructurante del sujeto a través del proceso inconsciente.

La noción de sujeto con anterioridad a Freud se apoya en la concepción cartesiana de “cogito”. Vallejo (1987) plantea que en la afirmación “Cogito ergo sum” nada queda fuera del cogito; el momento de la *cogitatio* es equivalente al de conciencia, por lo tanto el concepto de sujeto se identifica al de conciencia.

En Freud el sujeto es en relación al orden inconsciente: no hay convergencia unívoca del sujeto consigo mismo, por efecto de la escisión consciente-inconsciente que caracteriza al sujeto.

Lacan, en su concepción del inconsciente estructurado como lenguaje plantea que el inconsciente es aquella parte del discurso concreto, en cuanto transindividual, que falta a la disposición del sujeto para restablecer la continuidad de su discurso consciente.

Lacan plantea: “El inconsciente es ese capítulo de mi historia que está marcado por un blanco u ocupado por un embuste: es el capítulo censurado. Pero la verdad puede volverse a encontrar: lo más a menudo ya está escrita en otra parte:

- en el cuerpo

- en los recuerdos infantiles

Sujeto no es lo que está en oposición a objeto sino lo que está sujetado, determinado por el significante. Masotta (1992) plantea que el significante es la palabra, en tanto la palabra es capaz de remitir a más de un significado.

Otro alude a un lugar, no a una persona. Hablar de lugar significa hacer referencia a elementos significantes que articulan el inconsciente, determinan simbólicamente al sujeto. Es, siguiendo a Miller (1986), la dirección del discurso más allá de a quién se dirige. ¿A quién hablo?

El discurso del Otro es el sistema de significantes que constituye el inconsciente y que marca al individuo, predeterminando su lugar desde que nace, determina su posición de sujeto. Antes de nacer el sujeto ya está involucrado en un universo simbólico parental que le espera (búsqueda de nombre, pregunta por el sexo, deseo de los padres, fantasías de los abuelos, la ropa que le vestirá,...).

Aplicación del concepto de constitución del sujeto a la psicoterapia psicoanalítica en la primera infancia

Avatares propios y ajenos condicionan el hecho que el sujeto surja o no lo haga. Una observación lúcida y precoz del niño por parte del terapeuta que lo acoge en un dispositivo como un Centro de Desarrollo Infantil y Atención Precoz (CDIAP) puede dar pie a que,

mediante determinadas intervenciones con el niño que pueden tener efectos de suplencia, sustitución, reparación, restitución y un trabajo paralelo con sus padres, el sujeto llegue, de alguna manera, a constituirse.

Bibliografía/Webgrafía

Bardón, C. (2005). Los trastornos mentales graves en la infancia y en la adolescencia. *L'Interrogant. Fundació Nou Barris per a la Salut Mental*, 6, pp.8-15. Recuperado por última vez el 10/5/2014 de http://www.revistainterrogant.org/?page_id=118

Castrillo Mirat, D. *Necesidad, demanda, deseo*. Universidad Complutense de Madrid. Recuperado de: <http://es.scribd.com/doc/206303737/Necesidad-demanda-deseo>

Domínguez López, M.L. y García Arroyo, J.M. (2010). Aproximación al “esquema L” de Lacan y sus implicaciones en la clínica (parte 1). *Rev.Asoc.Esp. Neuropsiq.*, 2011;31 (109), 31-41

García, M.N. (2007). *La noción de sujeto. Aproximaciones Psicoanalíticas*. Psicología y Educación. Contribuciones psicoanalíticas. Trabajo inédito 2003 (Revisión 2006) Facultad de Filosofía y Letras - UNT.

Janin, B. (2011). *El sufrimiento psíquico en los niños. Psicopatología infantil y constitución subjetiva*. Buenos Aires: Noveduc

Lacan, J. (1964). *Seminario 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Recuperado de: http://planetafreud.files.wordpress.com/2011/05/sem11_los_4_conceptos_fundamentales_d_el_pss.pdf

Lacan, J. (1977). *El estadio del espejo como formador de la función del yo tal y como se nos revela en la experiencia psicoanalítica*; en *Escritos* (vol.1). Madrid: Siglo XXI.